

La importancia del hombre común

YO no tengo nada contra los especialistas. Al contrario: pienso que todos podemos aprender mucho de ellos. Pero eso sí, no son éstos quienes deben elegir la política que debe hacerse en un país, ni ser tampoco quienes la dirijan. ¿Por qué? Porque los cenáculos que han gobernado al país durante siglos no han sabido darnos nunca una estructura política adecuada, y los de ahora tampoco.

Sus querellas, sus oportunismos, sus intereses individuales y de pequeño grupo han puesto una camisa de fuerza que nos ha envuelto y entorpecido. Sólo nos hemos movido al son de lo que ellos querían. El pueblo ha pintado muy poco a la hora de tocar la orquesta en el concierto de los españoles.

Acudían a mi mente estas reflexiones con motivo del acto que CITEP ha organizado recientemente para discutir el proyecto de Ley de elecciones municipales. De estar redactado este proyecto de un modo o de otro pueden salir más o menos beneficiados los partidos políticos mayoritarios (UCD y PSOE), o bien podrían quedar menos postergados los grupos parlamentarios minoritarios o los no-parlamentarios.

Ante esto, es necesario reflexionar sobre un hecho importante. La representación de ORT -Paquita Sauquillo-, grupo que no tiene diputados ni senadores, fue la que más se preocupó de lo que podía o no beneficiar al pueblo concreto, a los habitantes de cada municipio, porque su única preocupación era la gente.

Excelente actitud la de esta antigua y activa militante cristiana, hoy comprometida en una acción política cuyo modelo es la China Popular.

Se podía discutir -y sin duda lo será por muchos- el modelo escogido. Pero lo importante es la reacción de esta líder: le interesa mucho más el mundo sencillo de las personas que van por la calle y habitan en esos angustiosos bloques-dormitorio que componen el cinturón de Madrid, que aquello que pudiese ocurrirle a su grupo político. Lo mismo que deben preocuparnos esos sufridos campesinos de todas nuestras tierras, olvidados sistemáticamente hasta ahora por nuestra política.

Y es que hemos perdido el Norte para la política que debe hacerse. Nos concentramos en las élites, en los selectos, en los grupos de inspiración política, en vez de centrarnos más en el "hombre común" y en sus asociaciones de vecinos, amas de casa... Escuchamos a los especialistas y a los líderes políticos, y apenas tenemos tiempo para oír al taxista, al conductor de autobús, al barrendero, al guarda, al lechero, al artesano al pequeño y medio industrial, que consti-

tuyen ese inmenso pueblo olvidado que todavía tiene algo que decir cuando parecen agotadas todas nuestras ideas renovadoras.

No es el politólogo quien más sabe de soluciones políticas concretas, sino el hombre común. Y no lo opino yo sólo, sino que muy diversos pensadores -cristianos o ateos, tradicionales o progresistas- han vislumbrado lo mismo. Unos han podido aplicar lo que decían, y otros, en cambio, han predicado en el desierto porque nadie les ha escuchado.

El católico Chesterton observaba con razón que "el instinto político es una de esas cosas que pertenecen al patrimonio común", y que "las cosas comunes son más importantes que las privativas de cualquier hombre en particular". Es verdad: habría que tomar en serio tales afirmaciones y llevarlas a realización práctica no sólo por el sistema de "un hombre, un voto", sino buscando cauces de verdadera colaboración ciudadana que aportara ideas de renovación o críticas de la realidad y que enriquecerían el empobrecido acervo de recetas abstractas y parciales sin incidir en los problemas reales de cada día. Para remediarlo "hay que dejar que los hombres ordinarios y comunes desempeñen por sí mismos las funciones de mayor trascendencia como son: la unión de los sexos, la educación y las leyes del Estado".

Precisamente "en esto consiste la democracia", y no en los métodos consagrados, que cada vez se hacen más exteriores y puramente formalistas, sin incidencia verdadera en la realidad, porque no calan en las raíces de los problemas al estar sus líderes en las alturas a que se han subido y separados de lo cotidiano. Yo pienso que el día que los ministros vayan en autobús y tengan tiempo de hablar con su portero o con el mozo del bar, entonces será posible que se abran sus mentes a nuevas perspectivas, y si escuchan estas voces sencillas, harán la pacífica revolución que necesita el país. Si no, estaremos siempre en lo mismo que decía Lenin después de la Revolución rusa: "La revolución no consiste en poner en manos de una nueva clase las palancas de mando de la vieja máquina del Estado; lo que hay que hacer es desechar esa maquinaria por inservible y gobernar con una que sea verdaderamente nueva".

El catolicismo antiguo -no el de los siglos XIX y XX- pensaba, como recuerda el filósofo Maritain, que "el Príncipe -o sea, el Rey y el gobernante- es el vicario de la multitud", y que "el Estado, así como todos sus órganos gubernamentales y su personal de gobierno, es responsable ante el pueblo". La doctri-

na católica nunca ha dicho que el gobernante lo es sólo por la gracia de Dios -como se decía en años anteriores-, sino por la gracia del pueblo. De ese pueblo que es "la comunidad de los no-privilegiados", y que constituye "la gran reserva de espontaneidad vital y de no-fariseísmo".

Lenin y Stalin, al menos en 1923, cuando todavía no era un dictador, pensaban que ellos querían "el gobierno del pueblo", que es el que "está basado en los hombres comunes". Lenin, antes de acceder al poder, se dedicaba después de sus conferencias, a hablar con la gente que le escuchaba, y ningún interlocutor le parecía despreciable. Y cuando gobernó desde el Kremlin la extensa Rusia, "mantenía un contacto constante y personal con las masas", y en cuanto había un conflicto se ponía en camino para hablar con los obreros de esa fábrica por alejada que estuviera, y así saber la opinión de la gente. Y nunca permitía que se ocultase la verdad, incluso si la situación era tan grave como la que ocurrió en los primeros años tras la Revolución, proliferando el hambre, la escasez o los conflictos. Nada de todo esto debía ser escondido, sino analizado públicamente. Por eso, en 1921, afirmaba: "Decimos la verdad acerca de nuestra situación..., no vamos a guardar silencio acerca de nuestra difícil situación".

Nuestra prensa, nuestros conferenciantes, nuestros políticos, parecen estar todavía en buena parte colapsados por los cuarenta años de franquismo, y no se deciden a hablar de todo lo que nos atañe a todos y perder la estructura del miedo, del temor y de la prudencia de "ghetto". Todavía se prefiere ocultar la verdad de fondo y quedarse en la anécdota sin descubrir claramente nuestros fallos, nuestras carencias ideológicas, nuestra pobreza de soluciones. Cuando el camino sería abrir de par en par las puertas de la realidad al comentario del hombre común, de ese hombre de la calle, que es el único especialista en aquellas generalidades que a él le afectan hora tras hora y día tras día.

Alcanzaremos una nueva perspectiva para nuestra sociedad si nos dejamos llevar por la fuerza vital del pueblo, por el deseo de vivir que todavía no ha perdido. Pero hace falta que escuchemos a ese olvidado y sencillo pueblo, a la multitud dispersa de los no-privilegiados. ■